

LA “CULTURA DEL AGUANTE”: fútbol y violencia en la Argentina contemporánea

Pablo Alabarces*

José Garriga Zucal **

Maria Verónica Moreira***

Resumo

Este trabalho propõe compreender os significados que as práticas violentas no futebol têm para os membros de uma torcida (*hinchada*). *Hinchada* é o nome nativo que se usa para identificar um pequeno grupo de simpatizantes. Este sector é classificado comumente pela imprensa e no senso comum na Argentina como “barra brava”. Preferimos não usar esta expressão por causa de sua explícita negatividade. Por isto, empregamos os termos nativos com os quais seus membros se identificam: a *hinchada*, a *banda* ou os *pibes*. Dessa forma, usamos a palavra *hinchas* para nos referir aos integrantes destes grupos organizados, diferenciando-os do resto dos espectadores que circulam pelo ambiente do futebol. Esta distinção é proposta pelos mesmos protagonistas que buscam ser definidos como distintos do resto dos espectadores.

Palavras-Chave

Futebol. Torcida. Violência. Argentina.

THE CULTURE OF THE ‘AGUANTES’: football and violence in contemporary Argentina

Abstract

In this paper we aim to understand the meanings that members of some team supporters (*hinchada*) hold about violent practices in football. *Hinchada* is a native name which is used to identify a small group of supporters. This

* Universidade de Buenos Aires – CONICET, Argentina.

** Universidade de Buenos Aires e Universidade de San Martin, Argentina.

*** Universidade de Buenos Aires – CONICET, Argentina.

group is commonly called by the Argentinian press and in the common sense as “barra brava”. We prefer not to use such an expression because of its implicit negativism. Then, we use native terms used by these supporters to identify themselves: *hinchada*, *banda* or *pibes*. We use the word *hinchas* to refer to members of these organized groups in order to differentiate between them and the rest of supporters circulating in the ambience of football.

Keywords

Football. Supporters. Violence. Argentina.

Introducción

La violencia en el fútbol comúnmente es interpretada – desde el sentido común, los medios de comunicación y las instituciones del Estado – como el gesto máximo de la sinrazón y la incivilización. Las dos concepciones se entrecruzan al hacer de la razón la señal que define al sujeto de la sociedad civilizada. Razón y civilización son parte de un mismo silogismo, cuyo resultado es ubicar a la sinrazón como particularidad que distingue al imperio de lo incivilizado. Este silogismo enlaza dos representaciones sobre los protagonistas de hechos violentos en el fútbol. Por un lado, son personificados como “irracionales”, “bestias” y “locos”. Así, animalizados o interpretados como sujetos patológicos, son desplazados más allá de los límites de la razón. Por otro lado, y en continuidad con la primera interpretación, son concebidos como “bárbaros” o “salvajes”. Los actores de hechos violentos aparecen como el testimonio de un pasado que se creía superado.

La violencia es, entonces, señalada como producto de una alteridad radical – distante del “nosotros” racional y civilizado. La construcción de un “otro” violento se sustenta en una operación de dos caras: la sociedad ha eliminado todo tipo de forma violenta y de existir alguna manifestación de violencia se la considera una anomalía. La violencia es la anomalía disruptiva del orden social que debe ser controlada. La falta de razón es anómala y, por ende, también sus representaciones.

Este trabajo propone comprender los significados que tienen para los miembros de una *hinchada*¹ las prácticas violentas en el fútbol. La hinchada es el nombre nativo que se usa para identificar a un pequeño grupo de simpatizantes. Dicho sector es clasificado comúnmente por la prensa y el sentido común como "barra brava". Preferimos no usar esta expresión por su explícita negatividad. Por ello, empleamos los términos nativos con los que sus miembros se identifican: la *hinchada*, la *banda* o los *pibes*. Asimismo, usamos la palabra *hinchas* para referirnos a los integrantes de estos grupos organizados, diferenciándolos del resto de los espectadores que circulan por el ambiente del fútbol. Esta distinción es propuesta por los mismos protagonistas que buscan ser definidos como distintos al resto de los espectadores.

Las hinchadas son grupos de espectadores jerárquicamente organizados reunidos en torno a un club de fútbol. Es así que un reducido número de personas forman un grupo, pequeño y exclusivo, que se distingue del resto de los aficionados. Alabarces (2004) indica que en las tribunas del fútbol argentino podemos encontrar tres actores sociales: la hinchada, los hinchas militantes² y los espectadores. Haciendo un gran esfuerzo para definir los límites, sostiene que las hinchadas están formadas por militantes pasionales encargados de los cánticos y las banderas. Dos particularidades los distinguen de los hinchas militantes: la participación en enfrentamientos físicos y la intervención en la vida política de los clubes. Por su parte, los hinchas militantes sugieren que su vínculo con el club es puramente afectivo. Asimismo, se representan como los que no lucran con el club, los que están alejados de toda relación espuria, concebida así la política institucional y las relaciones económicas. Son los seguidores incondicionales que aportan su fanatismo en las tribunas. Los hinchas militantes son los que afirman que a los miembros de la hinchada "sólo les importa la plata"³ y que no tienen

¹ En cursiva se destacan los términos nativos y las expresiones de los actores sociales involucrados. Una vez presentados los términos de los actores, éstos se escriben sin cursiva.

² El concepto fue presentado por primera vez en los trabajos sobre simpatizantes de fútbol en Argentina por Eduardo Archetti (1985).

³ En el ámbito del fútbol existe un rechazo al componente económico. El argumento de la fidelidad al club se sustenta en la emoción, en la pasión como único fin; como fin desinteresado. Desde esta óptica, el amor por la camiseta no puede ser yuxtapuesto con la

un sentimiento real, como si poseen ellos, hacia el club y los colores. Por último, están los espectadores que asisten a los encuentros futbolísticos pero lo hacen de forma esporádica, sin establecer un vínculo afectivo estable.

La hinchada se distingue del resto de sus compañeros de tribuna por la participación activa en los enfrentamientos físicos; es un grupo organizado, identificado y definido – por propios y ajenos– con las peleas, las luchas y demás riñas que acontecen en el ámbito del fútbol.

Hace muchos años que estamos analizando temas vinculados a la violencia deportiva, tomando el fútbol como una arena propicia para hacer este estudio y afirmando que estudiar en el fútbol las características de este fenómeno nos permite comprender particularidades de nuestra sociedad. Hemos discutido, debatido y polemizado acerca de las concepciones de sentido común sobre la violencia, asociando esta práctica con acciones que están vinculadas con otros fenómenos sociales (Alabarces y otros, 2000; Alabarces, 2004; Garriga, 2005; Moreira 2005).

En ese trayecto, hemos descrito y analizado largamente los sentidos de algunas de las tantas dimensiones fácticas de la violencia en el fútbol. A pesar del exhaustivo trabajo en este tópico, seguimos encontrando escollos conceptuales y empíricos. El primero tiene que ver con la definición de violencia. La violencia, de por sí, es un concepto complejo y huido, que parece tener tantas definiciones como actores. La mayor parte de los investigadores (cfr. Isla y Miguez, 2002) no arriesgan una definición universal de lo que es entendido como violencia sino que la buscan en los parámetros de enunciación de cada sociedad, en un tiempo determinado. Lo que se define como violencia es parte de un debate que atañe a cada cultura, donde las partes que discuten los sentidos de la misma no sólo tienen posiciones asimétricas de poder sino que presentan posturas contradictorias, inconclusas y confusas.

El segundo problema, de orden empírico, radica en la definición nativa de la práctica. La violencia no es un término nativo de los miembros de una hinchada de fútbol. Los hinchas califican a sus prácticas como “combates” o peleas; nunca mencionan que participaron de “hechos violentos” ni, menos aún, que son “actores violentos”; afirman ser sujetos con *aguante*. Sin embargo, los actores saben que de esta forma son catalogadas sus prácticas. Es así que “los violentos”, identificados externamente de esa manera,

búsqueda de un fin material.

conocen la representación estigmatizada que sobre ellos recae y en muchos casos juegan a dar valor positivo a prácticas que para el resto de la sociedad tienen aspectos negativos. Las acciones violentas son marcas distintivas externa e internamente: mientras que para unos es señal de irracionalidad y salvajismo, desde una concepción interna son signos de pertenencia grupal que están vinculados al honor y al prestigio.

¿De qué hablamos cuando hablamos de violencia en el fútbol?

La violencia en el fútbol es un fenómeno sumamente complejo de analizar. Son muchos actores sociales los que conviven en este contexto y protagonizan hechos violentos. La hinchada es uno de estos actores pero no el único. La policía, los dirigentes, los jugadores y otros espectadores son actores vinculados, cotidiana u ocasionalmente, a sucesos violentos.

Comúnmente, cuando se habla de violencia en el fútbol se engloban distintos hechos que no pueden ni deben ser confundidos. Una pelea entre hinchadas adversarias no es lo mismo que la represión policial en las adyacencias de un estadio; un proyectil arrojado por un joven profesional desde su costosa platea no puede ser equiparada, como acción social, con la conducta agresiva de algunos dirigentes del fútbol. Asimismo, no es lo mismo el canto enfervorizado de diez mil personas que auguran matar a un rival para restablecer su honor, que aquel sujeto que decide tirar una piedra con el único objeto de romperle la cabeza a un simpatizante del equipo contrario.

Estamos ante un escenario con una multitud de prácticas que podrían ser definidas como violentas. Cada una de estas prácticas está sustentada en diferentes lógicas. Muchas veces, estas lógicas son confundidas como irracionalidad. Esta confusión, inocente o malintencionada, es uno de los pilares que sustenta la imagen de la violencia como barbarie, como un "sin sentido". Pero toda acción social, incluso las prácticas violentas, tiene para sus actores significados determinados; desconocer estos sentidos hace que se confunda un fenómeno social con el salvajismo o la locura.

En el fútbol, cuando los hechos violentos ganan páginas en los medios de prensa se menciona la aparición de "los inadaptados de siempre", "la vuelta de la violencia" (que nunca se fue), "la aparición mafiosa" de los que "lucran con la pasión de la gente", los que "no entienden la fiesta de todos", "las

bestias”, “los irracionales”, etc. Del mismo modo, los funcionarios públicos, aquellos que deberían proyectar planes concretos para la prevención de estos fenómenos, entienden las prácticas violentas como el caso excepcional producido por un pequeño grupo de “locos”. Los medios periodísticos reducen la investigación al estudio de un “caso” relevante que toma estado público, el tratamiento no excede los días en que el caso en cuestión se mantiene en primera plana, para dar por finalizado el análisis cuando desaparece el tema como noticia (Alabarces et al 2000). Además, se privilegia lo narrativo y los datos de color (Coelho et al 1998). Como resultado de este enfoque, los espectadores que realizan hechos violentos son presentados fuera de la normalidad social, individualizados como inadaptados. Son observados, y contruidos como sujetos animalizados: “bestias”, “salvajes”, “animales”, “monstruos”. De esta manera, los practicantes de acciones violentas son concebidos como irracionales.

Además, como resultado de esta operación se produce un desplazamiento común, que es reducir la mirada sólo sobre las denominadas “barras bravas”. Para estas perspectivas superficiales, los únicos que llevan a cabo acciones violentas en el fútbol son estos grupos organizados de hinchas. Esta reducción del fenómeno tiene muchas implicancias. Por un lado, soslaya las acciones de otros sujetos sociales reduciendo el fenómeno violento y escamoteando su complejidad. La violencia en el fútbol no es, ante esos ojos, un enmarañado de actores y prácticas sino la sinrazón de unos pocos desequilibrados que “quieren arruinar la fiesta de todos”. Por otro lado, el foco sobre las “barras bravas” construye un “otro” violento y anómalo, ante una multitud de espectadores correctamente adaptados. De esta manera, los “barras” ya no son sujetos sociales que cometen acciones violentas sino que se transforman de una vez y para siempre en “los violentos”.

Gastón Gil (2004) señala que existe un “consenso general” que presenta a “los violentos” –las barras bravas– como unos pocos individuos que son identificados y repudiados por todos. Presentados como amorales e irracionales, se los señala como lo que hay que “erradicar” para que el fútbol sea la fiesta –pacífica y armónica– que era antes de su aparición. Esta imagen simplificada del fenómeno, dice Gil, esconde que la violencia es constitutiva e integral del ambiente del fútbol. Disimula otras violencias al señalar responsables. Nuevamente, la identificación con la anomalía impide ahondar en las causas del fenómeno violento.

Es necesario, entonces, hablar de violencias en el fútbol y no de violencia. Retomamos, así, la iniciativa de Isla y Míguez (2003), quienes en su análisis de la violencia social creen conveniente incorporar el plural al término violencia con el objeto de dar cuenta de la diversidad de acciones. El plural informa sobre la multiplicidad de prácticas y representaciones. Eso sí, los únicos actores sociales que hacen de la violencia un valor positivo, y señal distintiva, son las hinchadas.

Es necesario, además, descomponer la tesis de irracionalidad que prima sobre la violencia. La violencia no es la acción irracional de sujetos mentalmente insanos, son prácticas que tienen sentidos socialmente contruidos. Eric Dunning (1994) apuntó que las acciones de los hooligans derivaban de la pobreza y las limitadas oportunidades culturales de los sectores más bajos de la clase trabajadora. El autor afirmaba "que una característica cultural dominante en las comunidades de la baja clase trabajadora sería este mecanismo de retroalimentación positiva que produce y reproduce masculinidad agresiva y bandas violentas" (1994, 103). La violencia era explicada por la composición social del público. Esta visión sumamente etnocéntrica reducía el fenómeno de la violencia a las clases trabajadoras y, además, desde un enfoque sumamente prejuicioso olvidaba buscar las lógicas de la violencia. Lógicas que, desde esta perspectiva, no existían, ejemplificando la sinrazón de aquellos que no habían sido incluidos en el proceso de civilización.

Como sería señalado años después en las perspectivas críticas, especialmente de Armstrong (1999) y Giulianotti (1993, 1994 y 1999), las hipótesis de Dunning eran funcionales a las políticas tatcheristas, que además financiaron generosamente sus estudios (tanto a través de órganos científicos como del *Football Trust*, una agencia gubernamental creada en 1980).

Las críticas de Armstrong y Giulianotti sobre las interpretaciones de la Escuela de Leicester no fueron sólo ideológicas; también fueron metodológicas y empíricas. Ambos desarrollaron largas investigaciones etnográficas sobre los hooligans, lo que les permitió criticar cierta mala información del trabajo de Dunning. Al centrarse sobre información policial y de prensa, Dunning terminaba compartiendo el estereotipo de sus fuentes. Obviamente, la policía inglesa sólo detenía jóvenes rudos de clase obrera. Las etnografías revelaban que la composición social de los hooligans británicos (Giulianotti trabajaba con los escoceses) era mucho más diversa, lo que llevó

a Armstrong y Giulianotti a sostener la hipótesis de una violencia socialmente significativa, con sentidos complejos. Así, para Giulianotti la violencia –o su ausencia– podía significar distinción: los simpatizantes escoceses eran profusamente violentos en su medio local, pero orgullosamente pacíficos en sus viajes al exterior como una forma de distinguirse de los fanáticos ingleses⁴.

Ese debate fue en el caso argentino retomado por Archetti, indiscutido precursor, quien hace ya muchos años dio cuenta de que la violencia en el fútbol no era un fenómeno aislado y puramente autónomo sino que estaba imbricado con otros fenómenos sociales, constituyendo el análisis en sistemas más amplios e instaurando las líneas de trabajo centrales en nuestra academia. Los debates en torno de la escuela de Leicester y los avances precursores de Archetti (1992 y 1994) también señalaron con claridad que la violencia en el fútbol tiene varios actores y que los sentidos de sus prácticas remiten a otros tantos factores sociales.

Tiempo atrás, Archetti (1985) sostuvo que los espectadores en el fútbol jugaban un juego distinto al deportivo y que en sus canciones, saltos y luchas se dirimían señales identitarias. Él decía:

En la Argentina no sólo los jugadores son los que están en actividad tratando de probar quiénes son los mejores, los más inteligentes, los más hábiles y los más oportunistas. Esto se reproduce a nivel de las hinchadas: los hinchas ponen en juego no sólo el prestigio del club sino partes de su identidad posicional (1985:9).

Estos “juegos” poco tienen que ver con el espectáculo futbolístico. Alabarces, analizando cómo el escenario del fútbol es en la actualidad un espacio privilegiado para la construcción de identidades, sostiene:

la cultura futbolística argentina se soporta en discursos parciales y segmentados, tribalizados y mutuamente excluyentes, donde la totalidad de algún relato unificador está ausente. Esa unificación solo es posible en el plano sentimental: la pasión por el fútbol. Pero esa pasión,

⁴ Según Finn y Giulianotti (1998), el lema de estos era “not English hooligans, Scottish fans”.

que organizaría un campo común, se despliega como argumento de lo inverso: la pasión lleva a *dar la vida por la camiseta...* de ser posible, la vida del otro (2002: 199).

Es en la violencia donde pueden encontrarse vestigios de la identidad, por eso Alabarces plantea:

(es) una socialidad basada en el contacto, en una corporalidad exacerbada –de donde se deriva el peso cada vez mayor de la experiencia compartida de violencia física como factor de la articulación de la identidad de los grupos militantes de hinchas, lo que la *cultura nativa* denomina como el *aguante* (2002: 199).

El aguante es el concepto nativo sobre el que se construyen estas identificaciones. La hinchada, a diferencia de los otros actores que tienen prácticas violentas en el fútbol, hace de estas acciones un valor positivo, un arma de distinción. Ésta es la forma nativa que tienen los hinchas de definir prácticas y representaciones que los investigadores sociales concebimos como violentas.

El aguante: la violencia como identificación

Las comúnmente llamadas "barras bravas" son grupos organizados de espectadores que definen la pertenencia grupal *a los golpes*, única manera de diferenciar quién se la aguanta de quién no. El aguante no es otra cosa que la posesión de ciertos "saberes" de lucha callejera y de resistencia al dolor. Para integrar una *hinchada* hay que saber pelear y también soportar los dolores de una golpiza. El límite entre ser y no ser parte del grupo se establece a partir de la participación en los hechos de violencia; hechos que desde la perspectiva de los actantes nunca son entendidos como violentos sino como prácticas – frecuentemente llamadas *combates*– que se ajustan a los códigos grupales. Para ser de la banda hay que tener aguante y el aguante sólo puede probarse en una lucha física.

Para las hinchadas, el aguante nada tiene que ver con la definición que otros grupos le dan a ese término generalmente centrado en el estoicismo de los simpatizantes ante los reveses deportivos. Aguantar no significa

alentar durante todo el partido ni concurrir a los juegos de su equipo más allá de si éste gana, pierde o empata. Estos valores, que sin duda también son relevantes, no se definen como aguante. Según las hinchadas, el aguante está relacionado con las piñas, las patadas y las pedradas, con soportar los gases lacrimógenos y otros efectos de la represión policial, con cuerpos luchando y resistiendo el dolor.

El aguante es la contraseña que indica un “nosotros”, que estampa la pertenencia a un grupo. Es la señal que marca a los individuos que comparten un código común –que como todo sistema de reglas puede ser quebrantado– que regula las acciones de la disputa física contra los rivales. Los miembros de las hinchadas dicen que es contra pares con los que se *compite por el aguante*, es decir, contra otros grupos organizados de hinchas. Esta competencia de combate físico establece un modelo determinado de masculinidad que concibe que la hombría sólo puede ser probada *a las piñas*.

Como resultado de este ejercicio de lucha emerge una forma especial de identificación que organiza una forma específica de ser y de estar en el mundo; una identidad como miembro de la “barra” que ubica a estos sujetos en un determinado espacio del mapa social.

Las prácticas de los hinchas son reprimidas por la policía, juzgadas en los tribunales y condenadas por la opinión pública. El aguante es estigmatizado y condenado. Sin embargo, los miembros de la hinchada obstinadamente siguen apostando a esos diacríticos para distinguirse e identificarse. La señal que ubica a sus prácticas dentro de los límites de las acciones no válidas, aquel que reviste de ilegitimidad sus acciones, tiene para los hinchas otro significado, es una marca honrosa de su inclusión grupal. Pelearse es un signo de prestigio.

Su obstinación no es el resultado del desconocimiento de la condena social. Por el contrario, conocen los valores que la sociedad otorga a sus habilidades distintivas, saben que son designados como “violentos”, “bárbaros” y “salvajes”. Pero modifican la valoración negativa que la sociedad asigna a sus prácticas convirtiéndolas en acciones que los nutren de honor y prestigio.

Los hinchas dialogan con las definiciones que la sociedad asigna a sus prácticas y a su grupo. Ellos preferirían ser observados y definidos como aguantadores y miembros de la hinchada y no como “barras violentos”.

Este señalamiento como "violentos" puede producir de parte de los hinchas cuestionamientos y enojos. La mayor parte de las veces estas controversias surgen en relación con la acción violenta de otros grupos sociales. En estos casos, se establece una comparación entre las acciones y un debate sobre la rotulación que sobre ellos recae. Por ejemplo, en una oportunidad, un integrante de la hinchada de un club de la primera división de fútbol conversaba sobre el atentado terrorista que destruyó la AMIA⁵ en Buenos Aires. El relato sumamente acongojado finalizó con palabras claras y concisas: *después nos dicen violentos a nosotros*.

Pero el poder de la definición hegemónica es verdaderamente efectivo. Los hinchas aceptan que son "barras bravas" y "violentos". *Es lo que somos*, indicaba con una mueca sarcástica un hincha. Son *las reglas del juego* repetía una y otra vez, argumentando que de no ser así el resto de los grupos se aprovecharía de su debilidad. La eficacia de la definición foránea los ubicaba en una posición desvalorizada respecto al resto de la sociedad.

Al reconocer el valor negativo del aguante y saberse acosados por la policía, estos hinchas buscan el momento justo para hacer públicas, para hacer visibles, las señales que los identifican. Son marcas distintivas que deben aprovechar la ocasión para emerger y, así, ser efectivas. No pueden manifestarse todo el tiempo. Los integrantes de la hinchada saben cuándo y dónde mostrar su aguante. Utilizan estratégicamente los momentos para marcarse y desmarcarse.

El aguante se define también por reconocer cuándo, cómo, contra quién y dónde testificar sus capacidades. Es decir, que es un conjunto de saberes que debe ser explotado en situaciones determinadas y en ciertos contextos estipulados. Los integrantes de las hinchadas saben que el aguante es legítimo en un campo y en otros es ilegítimo y desprestigiado, reconocen lugares y situaciones donde exteriorizarlo y donde ocultarlo. Esta forma de ser que los identifica puede ser una carta ganadora en algunas situaciones pero en otras puede ser un camino seguro al fracaso (al desprestigio o a la cárcel). Las mismas formas que pueden salvarlos de una paliza en la cárcel entre los compañeros de pabellón, pueden asegurarle una golpiza por los policías. Entonces, conociendo los códigos, deciden dónde y cuándo mostrarlo.

⁵ En 1994 una bomba estalló en la Asociación Mutual Israelita dejando numerosos muertos y heridos.

Mostrarse practicantes de acciones violentas es jugar el mejor partido con las cartas que disponen, ya que, buscando los momentos adecuados para hacer visibles las señales de su manera de ser en el mundo, conforman una identidad.

Sin embargo, los elementos que los identifican son acciones que el resto de la sociedad y, hasta ellos mismos, consideran como violentas. Rifiotis indica:

que a violência poderia também ser pensada nos aspectos que fazem dela um elemento instaurador de identidades locais (étnicas, culturais, etc.) e da construção de subjetividades através dos processos de socialização (1997-14).

La violencia, a pesar de su bagaje negativo y estigmatizado –o tal vez por esto mismo –, se constituye como un lugar propicio donde construir identidad. Dos son las ganancias de la identificación violenta. Y ambas son el resultado final de la construcción de sujetos aguantadores. Por un lado, genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los identificados *ser alguien o ser parte*. Se crea un “nosotros” estable y sólido en función del rechazo que tienen sus prácticas distintivas. Por otro lado, y como resultado de estos mecanismos de identificación, la “elección” de acciones espectacularizadas y confrontadas a la “normalidad”, que funcionan como diacríticos, permite adquirir una relevancia no posible para otras identificaciones. Establece rápidamente “otredades” y un “nosotros” que, más allá de la condena, funcionan como espacios significativos donde exhibir características que definen su identidad. Los significados de pertenencia e identidad son construidos con mayor eficacia cuando se es reconocido, sin importar la conceptualización negativa.

Entonces, el aguante es una manifestación del honor grupal. Las hinchadas definen positivamente la posesión del aguante; fuera de esos límites hay una percepción negativa de esas prácticas que son consideradas como violentas. A pesar de ser deslegitimadas sus prácticas por las políticas del poder, siguen siendo válidas para el grupo. Esta aparente contradicción no nos debe impedir analizar la construcción de legitimidad para los hinchas de lo que es ilegítimo para el resto del cuerpo social.

Las prácticas de lucha física son comunes en los contextos de socialización de los integrantes de la hinchada. En la vida cotidiana, muchos conflictos se dirimen de esta forma, *a los golpes, a las piñas, parándose de manos*, como dicen los hinchas. Los enfrentamientos, las peleas a golpes de puños, son cotidianos y naturalizados. Estas acciones no son concebidas como raras ni extrañas, no pertenecen al tiempo de lo extraordinario.

A pesar de la mirada condenatoria y de la persecución judicial los hinchas procuran sentidos a sus prácticas, demostrando que son formas socialmente válidas y no el producto de desviaciones patológicas. Existe un espacio del mapa social donde los actores conciben a la violencia no como gesto del sin sentido sino, por el contrario, como un valor positivo, colmado de prestigio y honra. Ahora bien, fuera de esos límites quedan los que otorgan a la violencia valores negativos y no compiten por este bien simbólico, por el honor guerrero. Aquí apreciamos cómo dos códigos culturales están en pugna.

El "aguante" y sus posibilidades

Tener aguante, ser reconocidos como aguantadores y ser respetados, incluye a los hinchas en una red de relaciones sociales con agentes sociales que están por fuera del grupo. Por ejemplo, podemos relatar el caso de Diez, reconocido entre sus compañeros de hinchada por los saberes para la lucha. Durante un tiempo fue guardaespaldas de un vicepresidente del club, no dejaba que se le acercara nadie. Este dirigente estaba encumbrado en las posiciones de un sindicato, y entonces Diez trabajaba cuidándole la espalda tanto en el club como en la vida política⁶. Esta persona, tiempo después de cumplir su mandato en el club y de abandonar el sindicato por la actividad privada, seguía relacionado con Diez. Dadas las vicisitudes de la vida ya no

⁶ Para muchos dirigentes y políticos es símbolo de prestigio interceder por los miembros de la hinchada, ya sea ante la policía o ante otros colegas. Prestigio que es ocultado porque ser *amigo* de los "violentos" tiene una sanción moral. Puede parecer contradictorio que la misma acción conceda prestigio y desprestigio al mismo tiempo pero no lo es. Muchos de estos actores sociales, políticos y dirigentes, interactúan en mundos morales con marcos distintos para definir algunas prácticas, esto produce que una acción de ayuda y solidaridad con los integrantes de la hinchada sea una operación que nutre de prestigio en un determinado espacio social pero que pueda ser interpretada de forma negativa en otro.

necesitaba un guardaespaldas, pero como la relación personal era tan intensa decidió comprarle un taxi para que éste trabajara.

Los hinchas interactúan con una variada gama de actores sociales: dirigentes del club, dirigentes políticos, jugadores y cuerpo técnico, policías, vecinos, simpatizantes del club y organizaciones delictivas de distinta índole; estableciendo con ellos interacciones, lazos y vínculos personales.

Lomnitz (1975) sostiene que los vecinos de la barriada que ella investigaba decían que para tener amigos hay que beber. Consumir alcohol, excederse, hace amigos: “guates”. Ser parte de un grupo de “guates” es ser parte de una red de solidaridad. Por su parte, Álvarez (2004) analiza cómo entre los campesinos de un pequeño poblado de Colombia beber alcohol con amigos es una forma de crear lazos de solidaridad. La bebida y las peleas conforman las dos caras de la misma moneda, son formas de delimitar la pertenencia a un grupo. Un plusvalor simbólico que genera relaciones personales. De la misma forma, Wacquant (2004) en su etnografía sobre los boxeadores, analiza cómo los saberes y las resistencias corporales del púgil se conforman en verdaderos capitales sociales; saberes que establecen una serie de relaciones personales específicas, por ejemplo en la elección del compañero de sparring. También, menciona que los boxeadores por sus conocimientos establecían relaciones laborales con agentes sociales que los contrataban como seguridad, etc. Sin embargo, Wacquant prioriza el análisis de las relaciones dentro del grupo.

Entonces, lo interesante del aguante es que establece vínculos más allá de los límites del grupo. Tener aguante es tener una cantidad de saberes prácticos que pueden ser fuente de una relación de intercambio. *Es peleando que se hacen amigos*, no peleando con los amigos sino demostrándole a los amigos su aguante. En las investigaciones sobre los “guates”, los boxeadores y los campesinos colombianos se consideraron sólo las relaciones que se establecían entre ellos; en cambio, en este caso, además de las relaciones personales que establecen los luchadores integrantes de la hinchada con sus pares son notorias las relaciones por fuera del grupo.

Los integrantes de la banda se insertan o construyen una red social a través de su participación en este grupo. El aguante es una de las particularidades que los distingue. Esta acción los estigmatiza y, a simple vista, los aísla y margina de las interacciones con otros actores sociales. Sin

embargo, si agudizamos la mirada, observamos que poseen un sinnúmero de relaciones con personas que no conciben a la violencia de la misma forma.

La “cultura del aguante”

En el ámbito del fútbol, la “cultura de la violencia” o, mejor dicho, “la cultura del aguante” se reproduce y se acrecienta en función del prestigio y respeto que ganan sus participantes a través de estas acciones. Los valores positivos son inseparable de las relaciones sociales que ellos pueden establecer. Entonces, la pregunta es por qué el prestigio y el respeto están, en estas comunidades de hinchas, asociados a la acción violenta.

No podemos dejar de pensar que la aparición de estas pautas culturales tienen una relación con las condiciones estructurales económicas de la sociedad, como la pobreza, la marginación, la indigencia, la inestabilidad laboral, la precariedad etc. Consideramos que existe una relación entre estos modelos culturales y condiciones estructurales pero sugerimos que esta relación no es directa. Kessler (2002), analizando la relación entre condiciones sociales más amplias y las nuevas formas de delito de los jóvenes, dice que no solo tiene que ver con la crisis del trabajo, especialmente su inestabilidad y la desigualdad en la distribución del producto bruto, sino que la aparición de estas nuevas modalidades es producto de un fenómeno multicausal. Las privaciones económicas se conjugan con factores locales que producen el aumento de estos fenómenos.

Dos puntos surgen aquí. Primero, la hinchada está constituida principalmente por miembros de los sectores más relegados de la sociedad, pero también hay actores de los estratos medios. La “cultura del aguante” no es específica de los sectores populares. Ni todos los que participan de la hinchada son pobres y desempleados ni todos aquellos “olvidados” por el sistema que visitan los estadios se suman a la hinchada. De esta forma, a través de los datos de campo evitamos aumentar la “sospecha” que siempre recae sobre las clases populares como las violentas, producto de su “natural” incivilización. Y en segundo lugar, se aprecia un escenario complejo donde no existe una relación directa entre pautas culturales y variables económicas.

Sin embargo, el abandono del Estado de sus mínimas obligaciones para con sus ciudadanos promueven el mantenimiento de una ideología guerrera, dado que los integrantes de la hinchada pueden y deben subsistir y (re)producir su espacio en la sociedad de esta forma.

Como afirma Riches (1988) respecto a la relación entre estructura social y formas culturales de la violencia:

...Obviamente, todas esas variables socioculturales son pertinentes en cierto grado en todas las sociedades, ya que pueden agravar o disminuir la probabilidad de que surja la violencia en una situación social concreta. Pero, en cualquier caso, la relación entre estructura social y la violencia es la de *influencia* y la de *oportunidad*. No se insinúa que la estructura social *fuere* a la violencia; existen siempre líneas alternativas de acción.

En los intersticios de un Estado escuálido y debilitado, crisis ahondada por los graves problemas que aquejan al mundo del trabajo y a otras instituciones sociales, surge como oportunidad “la cultura del *aguante*”. Los integrantes de las hinchadas han legitimado sus valores, construyen una cultura que estima el coraje y la bravura en el enfrentamiento físico; positividad que atraviesa el pequeño círculo de sus adeptos y se convierte en herramienta de interacción con agentes sociales que están ubicados fuera de esos límites.

Bibliografía

- ALABARCES, P. 2002. *Fútbol y patria: el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- ALABARCES, P. 2004. *Crónicas del aguante: fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- ALABARCES, P. et al. 2000. ‘Aguante’ y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina. In: ALABARCES, P. (Org.). *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-ASDI.
- ÁLVAREZ, S. 2004. *Leviatán y sus lobos: violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires: Antropofagia.
- ARCHETTI, E. 1985. Fútbol y ethos. In: *Monografías e informes de investigación*, Buenos Aires: FLACSO-Serie de investigación.

- ARCHETTI, E. 1992. Calcio: un rituale di violenza?. In: LANFRANCHI, P. (Org.). *Il calcio e il suo pubblico*. Nápoles: Edizione Scientifiche Italiane
- ARCHETTI, E. 1995. Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo económico*, v. 35, n. 139, octubre-diciembre.
- ARCHETTI, E. 2003. *Masculinidades: fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- COELHO, R.; LOBOS, A.; SANGUINETTI, J.; SZRABSTENI, A. 1998. Aguante y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina. Ponencia II Congreso de Comunicación Social, Paraná.
- DUNNING, E. 1994. Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización. In: AA.VV. *Materiales de sociología del deporte*. Madrid: Genealogía del poder/23- Ediciones de la Piqueta.
- GARRIGA ZUCAL, J. 2005. 'Soy macho porque me la aguanto': etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas. In: ALABARCES, P. et al (Org.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.
- GIL, G. 2004. *Hinchas en tránsito: violencia, memoria e identidad de una hinchada de un club del interior*. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de Misiones, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, mimeo.
- GIULIANOTTI, R. 1993. Soccer casuals as cultural intermediaries. In: STEVE, R. (Ed.). *The passion and the fashion: football fandom in the new Europe*. Aldershot: Avebury.
- GIULIANOTTI, R. 1994. Social identity and public order: political and academic discourses on football violence. In: GIULIANOTTI, R. et al. (Orgs.). *Football, violence and social identity*. London & New York: Routledge.
- GIULIANOTTI, R. 1999. *Football: a sociology of the global game*. Cambridge: Polity Press.
- ISLA, A.; MÍGUEZ, D. 2003. De la violencia y sus modos: Introducción y Conclusiones: el estado y la violencia urbana: problemas de legitimidad y legalidad. In: ISLA, A.; MÍGUEZ, D. (Org.). *Heridas urbanas: violencia*

delictiva y transformaciones sociales en los noventa. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

IZAGUIRRE, I. 1998. Presentación, reflexiones sobre la violencia. In: IZAGUIRRE, I. (Org.). *Violencia social y derechos humanos*. Buenos Aires: Eudeba.

IZARD, M. 1981. A propósito de la identidad étnica. In: LÉVI-STRAUSS, C. (Org.). *La identidad*. Madrid: Petrel.

JARDIM, D. F. 1993. Performances, reprodução e produção dos corpos masculinos. In: FACHEL LEAL, O. (org.). *Corpo e significado: ensaios de antropologia social*. Porto Alegre: Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

JIMENO, M. 2005. Narrando la violencia: Relatos de pasión y muerte. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, n. 1, p. 55-67.

KESSLER, G. 2002. De proveedores, amigos vecinos y 'barderos': acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del gran Buenos Aires. In: BECARIA, L. (Org.). *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.

KESSLER, G. 2004. *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

LOMNITZ, L. 1975. *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo Veintiuno Editores.

MOREIRA, V. 2005. Trofeos de guerra y hombres de honor. In: ALABARCES, P. et al (Orgs.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

RICHERS, D. 1988. *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Ediciones Pirámide.

RIFIOTIS, T. 1997. Nos campos da violência: diferencia e positividade. *Antropologia em Primeira Mão*, n. 19, p. 1-18.

RIFIOTIS, T. 1998. Violência e cultura no projecto de René Girard. *Antropologia em Primeira Mão*, n. 30, p. 2-27.

WACQUANT, L. 2004. *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza editorial.